

"La Caroyense" Cooperativa Vini Frutícola Agrícola Federal Limitada de Colonia Caroya. Un emprendimiento cooperativo integral*

Beatriz R. Solveira**

Recibido: 13/04/2021

Evaluado: 01/08/2021

Resumen

En este trabajo se analiza el accionar de "La Caroyense", cooperativa vini frutícola surgida a fines de 1930 con el propósito de eliminar la intermediación tanto en la industrialización como en la comercialización de la producción primaria más importante de Colonia Caroya: la vid. El objetivo del mismo es demostrar que esa entidad fue un proyecto cooperativo integral que cumplió ampliamente con el doble carácter –económico y social– de este tipo de organizaciones y contribuyó al crecimiento

"La Caroyense", a wine and fruit agriculture Cooperative, Federal Limited of Colonia Caroya. An integral cooperative entrepreneurship

Abstract

This article analyzes the actions of "La Caroyense", a wine-growing cooperative that emerged at the end of 1930 with the aim of eliminating intermediation both in industrialization and in the commercialization of the most important primary production in Colonia Caroya: the vine. The objective is to demonstrate that this

*Una primera versión de este trabajo fue presentada en el *III Congreso Latinoamericano de Historia Económica y XXIII Jornadas de Historia Económica, Bariloche, 2012.*

** JPHC.

económico, social y cultural de la colonia agrícola a la que dio origen un grupo de inmigrantes friulanos llegados a la Argentina en 1878, los que imbuidos de un amplio espíritu de solidaridad utilizaron a través del tiempo diversas formas de cooperación formal e informal.

Palabras clave: *cooperativismo, Colonia Caroya, desarrollo económico, social y cultural*

entity had an integrated cooperative project that fully complied with the double function— economic and social - of this type of entities and contributed to the economic, social and cultural growth of the agricultural colony that gave rise to a group of Friulian immigrants who arrived to Argentina in 1878, who, imbued with a broad spirit of solidarity, used various forms of formal and informal cooperation over time.

Key Words: *cooperativism, Colonia Caroya, economic, social and cultural development*

Introducción

"La Caroyense" Cooperativa Vini Frutícola Federal Limitada de Colonia Caroya, surgida en 1930, fue creada para eliminar la intermediación tanto en la industrialización como en la comercialización de la producción primaria más importante de Caroya —la vid— y una vez consolidada en el aspecto económico, se ocupó también de satisfacer las necesidades sociales y culturales de la colonia. Este artículo se propone analizar ese accionar de *La Caroyense* y demostrar que durante medio siglo, entre 1930 y 1980¹, la misma fue un proyecto cooperativo integral que cumplió ampliamente con el doble carácter —económico y social— de este tipo de entidades, lo

1 Con posterioridad esta cooperativa continuó en actividad, aunque no pudo hacer frente con éxito a los cambios ocurridos en el país desde fines de la década de 1980 y finalmente quebró y su bodega fue subastada en el año 2000. Desde entonces *La Caroyense* es una sociedad anónima.

que la convirtió en la institución que más contribuyó al crecimiento económico, social y cultural de la colonia agrícola a la que dio origen un grupo de inmigrantes friulanos llegados a la Argentina en 1878, los que imbuidos de un amplio espíritu de solidaridad utilizaron a través del tiempo diversas formas de cooperación formal e informal.

El trabajo se divide en varios apartados, el primero de los cuales está dedicado al estudio del origen de la cooperativa, centrando la mirada en su accionar económico hasta que en este aspecto la misma logra consolidarse. En los siguientes apartados, la atención gira hacia su accionar social y cultural, desde sus inicios y especialmente desde que logra la consolidación económica. En un último apartado se alude a la influencia que su exitoso accionar tuvo en el panorama cooperativo de Caroya, pues esa experiencia jugó un papel muy importante en el surgimiento de otras cooperativas. Finalmente, se esbozan algunas reflexiones finales, seguidas de las fuentes utilizadas en el desarrollo de la investigación.

Origen y primeros años de La Caroyense: su accionar económico

Creación de la sección local de la Federación Agraria Argentina

Desde los primeros años de la colonización, los pobladores de Caroya debieron agruparse y luchar a brazo partido para conseguir agua de riego para sus cultivos y hacer que estos produjesen de acuerdo al esfuerzo puesto en ellos; años más tarde, esos colonos se vieron frente a la misma necesidad de agruparse en defensa no ya de las plantaciones, sino de sus frutos. Sin embargo, les costó dar el paso desde la práctica informal e intuitiva de la cooperación, que había caracterizado su accionar en los primeros tiempos, hacia la constitución formal de cooperativas y, cuando ya entrado el siglo XX hubo personas bien intencionadas y conocedoras de las bondades que encierran los principios de la cooperación y que intentaron crear ese tipo de sociedades, se encontraron con una casi total falta

de apoyo por parte de los colonos, que por cierto en su mayoría desconocía ese clase de organización.

El desconocimiento de los beneficios de la agremiación y la escasa difusión de los principios cooperativos entre los colonos hizo que su primer y poco exitoso paso hacia la práctica de un cooperativismo sistemático se lo pueda ubicar alrededor de 1926 y está relacionado con los primeros contactos que los caroyenses tuvieron con gente de la Federación Agraria Argentina (FAA), creada en 1912 para defender a los trabajadores del campo. Ese contacto se estableció a través de Máximo Bergagna quien inició una campaña con el propósito de agrupar a los productores en una institución que defendiera sus propios intereses. La aludida escasa difusión del sistema cooperativo en la colonia fue interpretada como el factor determinante de la falta de entusiasmo y de la pobre respuesta obtenida por esa campaña y, para revertir la actitud negativa de los colonos, Bergagna fue designado como agente corresponsal de *La Tierra*, periódico dedicado a la prédica en pro de la defensa del hombre de campo a través de su agremiación y cuya lectura podía ser beneficiosa para los colonos. La misión de Bergagna consistió en captar suscriptores y en ello trabajó intensamente durante más de tres años recurriendo a diversas estrategias: repartir ejemplares los domingos a la salida de misa, visitar a las familias y conversar con los productores, haciendo ver a todos la conveniencia de unirse para defender los intereses comunes, pero todo ello fue en vano. Para reforzar ese accionar, en marzo de 1929 visitó la colonia José L. Varela, inspector de zona de la FAA, cuya misión consistió en impulsar la constitución de la sección local de esa federación, de manera que junto con Bergagna recorrieron nuevamente la colonia y aunque poco avanzaron en aquel cometido, sí lograron que los colonos comenzaran a hablar de la cuestión. Ese cambio de actitud fue suficiente para que la FAA designara en Caroya un delegado permanente que se dedicara de lleno a la creación de la sección local. El delegado fue Armando Porta, quien pronto se granjeó la simpatía

de los colonos y, en un ambiente más propicio, en poco tiempo logró el objetivo perseguido desde 1926.

En cumplimiento de su misión, Porta formó dos comisiones que visitaron una vez más a las familias productoras, solicitando su adhesión para la formación de la sección local, la que quedó constituida en una asamblea realizada el 13 de febrero de 1930. Siguió luego meses de gran actividad, durante los cuales la comisión directiva dispuso la compra de mercaderías para los asociados, los que por ellas pagaron la mitad de lo que cobraba el comercio local. Sin duda este incentivo fue la mejor propaganda para la nueva entidad y generó gran entusiasmo entre los colonos, que comenzaron a barajar la posibilidad de formar una cooperativa para la elaboración de vinos en común.² Esta idea prosperó con gran rapidez.

El próximo apartado está dedicado a las gestiones que se inician a continuación y que culminan con la constitución de la cooperativa *La Caroyense*.

Nacimiento de la cooperativa y construcción de la bodega

La cooperativa, cuya finalidad fue industrializar uva y frutas y comercializar los cereales y demás frutos producidos en la colonia, se constituyó en la asamblea del 18 de noviembre de 1930 bajo el nombre de “*La Caroyense*” *Cooperativa Vini Frutícola Agrícola Federal Limitada de Colonia Caroya*. Esa asamblea se realizó en el local de la seccional de la FAA y en ella además de aprobarse los estatutos sociales y de receptarse las primeras suscripciones de acciones, también se discutió acerca de la construcción de una bodega cooperativa. Los socios que suscribieron acciones fueron 49 lo que demuestra que, contrariamente a lo calculado en base a los colonos que en principio

2 La primera moción en este sentido fue hecha el 8 de junio de 1930 por Luis Marcuzzi, quien propuso poner a consideración de la primera asamblea general de socios y de la central de la FAA, la instalación de una bodega para la elaboración de vinos y una fábrica para la elaboración de dulces y conservas.

apoyaron la iniciativa, el número inicial de adherentes fue bastante reducido si se tiene en cuenta que la seccional de la FAA tenía más de 90 socios. Al parecer, los colonos fueron premeditadamente mal aconsejados por comerciantes y políticos locales interesados en hacer fracasar a la nueva sociedad, pero también hay que señalar que en esa actitud precavida de los colonos jugó su ignorancia respecto del sistema cooperativo, que se manifestó a través del temor de exponer sus bienes si ingresaban como socios de la cooperativa.

Esa actitud, sin embargo, no amilanó al consejo de administración que con gran entusiasmo se reunió semanalmente y creó distintas comisiones que debían encargarse de apoyarlo en las múltiples tareas a su cargo. Tal era la decisión de hacer marchar a la cooperativa, que una de las primeras resoluciones del consejo fue comenzar de inmediato con la producción de vino con la uva de los asociados, ensayo temerario dada la falta de experiencia tanto societaria como técnica, y para ello alquiló la pequeña bodega de José Gastaldi, compró cascos para depositar los vinos, construyó cajones para recibir la uva y contrató como técnico-enólogo al doctor-químico Rafael Ferrari, para que dirigiese la vinificación. Es decir, prepararon todo lo necesario para dar comienzo a las actividades de la nueva cooperativa, y muchos de los gastos que esa preparación demandó fueron atendidos con préstamos de los propios asociados. Ahora, si bien a fines de febrero de 1931 se dio comienzo a la cosecha de la uva y a la elaboración de los vinos, ese ímpetu se vio prontamente obstaculizado por inconvenientes diversos en la percepción de la uva; algunos socios pretendieron entregar su cosecha en pocos días y no bien madura, otros se disgustaron por la demora en recibirles la uva, pero pese a todo al final se consiguió elaborar unos 800 cascos de vino, aunque no de la mejor calidad, en una bodega rudimentariamente instalada y sin las máquinas necesarias y que no contaba con ninguna clase de comodidades. Sin duda ese ensayo aportó una muy buena experiencia puesto que hizo conocer a los consejeros y asociados los inconvenientes y los peligros inherentes

tanto a la elaboración de vinos como a su comercialización. Deseosos de obtener el mayor margen posible de utilidades, pero carentes de conocimientos comerciales, en un primer momento fijaron un precio del litro de vino muy elevado, al que debieron rebajar en dos oportunidades. Aunque ese no fue el único problema que debieron enfrentar los inexpertos colonos.

Si bien en 1931, los socios que entregaron uva fueron sólo 34, los resultados obtenidos alimentaron el entusiasmo de los consejeros que seguían con el proyecto de construir una bodega y que resolvieron comprar con ese fin un terreno de tres hectáreas perteneciente a Santos Morandini. Concretada esa operación, se solicitó a la FAA el envío de planos y proyectos de bodegas, se recabó todo tipo de informes al respecto y se comenzó a buscar la arena y piedra necesaria para la construcción del edificio, por cuyo acarreo se pagó \$3,00 la “chatada” pese a que muchos socios se ofrecieron a hacerlo en forma gratuita.

La construcción de la bodega fue aprobada por el consejo en sesión del 22 de octubre de 1931 y se hizo por administración, de acuerdo a los planos enviados por la FAA y con el asesoramiento del ingeniero agrónomo Ítalo Vigliana. El control de la obra estuvo a cargo de una comisión especial³, y para su financiación se utilizó el capital accionario existente y préstamos bancarios e hipotecarios con garantía de los consejeros y asociados. Se contrató además un constructor capacitado que dirigió la obra, ejecutó los planos, proporcionó las herramientas y andamios necesarios y recibió los materiales. Ese contratista fue Luis Peressoni, quien se comprometió a terminar la obra el 20 de febrero de 1932. Los trabajos comenzaron el 21 de noviembre de 1931 y los materiales necesarios se contrataron en las casas del ramo, las que anotaban los pedidos sin hacer observaciones y efectuaron las primeras remesas sin exigencias –las

3 A los miembros de esa comisión se le asignó un jornal diario de \$3,00 pero esos socios donaron los haberes que les correspondía, para levantar un local para escritorio y venta de mercaderías.

compras siempre fueron respaldadas con las garantías particulares de los miembros del consejo y de asociados—, pero a medida que la construcción avanzó y la inversión se hizo mayor, las cosas cambiaron pues las casas proveedoras cerraron los créditos, y allí empezaron las primeras dificultades.

Al iniciarse la obra de la bodega cuyo presupuesto ascendía a más de \$95.000, la cooperativa contaba con un capital de \$18.400 y por lo tanto fue necesario gestionar préstamos para financiarla, en un momento en que la situación económica del país no era la mejor. Con tal fin y en virtud a lo dispuesto por la ley nacional 11.380, el consejo de administración hizo gestiones ante el Banco Hipotecario Nacional y el Banco de la Nación Argentina, pero de ninguno obtuvo los préstamos solicitados. En el primer caso, porque el banco había suspendido las operaciones de créditos para las sociedades cooperativas, en tanto que para sorpresa de los colonos la sucursal Córdoba del Banco de la Nación Argentina sólo otorgó un préstamo de \$3.000, en lugar de los \$30.000 solicitados. A los efectos de garantizar esa operación, la solicitud de crédito fue acompañada con las declaraciones de bienes de 26 socios-accionistas, escogidos entre los que disponían de mayor capital, las que sumaban más de \$450.000. El magro resultado obtenido obviamente fue rechazado “con la indignación que es de imaginarse”⁴. Aunque a fines de 1931 el gobierno provincial le había otorgado la personería jurídica, una excusa utilizada por los bancos para negar los préstamos era que la cooperativa no tenía aprobados sus estatutos por la dirección de economía rural y estadística del ministerio de agricultura de la Nación. Es que, si bien los estatutos habían sido enviados en enero de 1931 al Registro Nacional de Cooperativas, el trámite demoró y no fue hasta el 13 de setiembre de 1932 que se logra la inscripción.

Fracasadas las gestiones para obtener préstamos en los bancos oficiales, se recurrió a los asociados quienes, aunque entusiasmados,

4 *El Cooperativista*, nº 7, 31 de enero de 1947, pp. 3-4.

no estaban dispuestos a facilitar dinero en préstamo, de modo que fue necesario hipotecar el terreno donde se edificaba la bodega y así se reunieron \$15.000. Del Banco de Córdoba se consiguieron \$10.000 y de algunos particulares otros préstamos cuyos montos desconocemos, siempre con la garantía particular de los asociados. Algo se había obtenido pero la lucha siguió luego con las casas proveedoras de materiales y equipos, las que en algunos casos para la entrega de materiales exigieron garantías personales de los socios. Mayores inconvenientes hubo en relación a las maquinarias para la bodega, pero finalmente se llegó a un acuerdo con la Casa Bromberg y Cía. S.A.C., a la que se le dieron toda clase de garantías junto con el compromiso de abonar, al contado y con anterioridad a la entrega de las maquinarias, una tercera parte del valor de las mismas⁵.

No obstante, y pese a los constantes sobresaltos, finalmente se pudieron conseguir los materiales y maquinarias necesarias, así como el dinero para pagar los jornales de los obreros que trabajaron en la construcción de la bodega. Las maquinarias llegaron y se instalaron con tiempo como para poder elaborar el vino de la nueva cosecha. Ese año se recibieron 344.054 kilos de uva provenientes de 42 socios, los que no entregaron toda su cosecha y elaboraron la parte restante en sus propias bodegas, tal como lo venían haciendo desde los orígenes de la colonia, e incluso vendieron parte a otros bodegueros. Es que los asociados seguían desconfiando y temían

5 Al parecer esa firma había solicitado informes a las casas de comercio locales y a vecinos que operaban con bancos y fueron esas informaciones provistas por gente de la propia colonia y de la vecina localidad de Jesús María las que proporcionaron una imagen desfavorable de la cooperativa a la que consideraban “obra de cuatro locos ilusionarios, sin preparación ni solvencia, destinada a un fracaso y que en cuanto más le daban un año de existencia y otras cosas más por el estilo”. Es más, en *El Cooperativista* se aseguró que: “También, después hemos sabido que la casa había dado curso al pedido, desde un principio, y que las maquinarias se encontraban en la estación de Córdoba embaladas y que el pedido se había anulado por los referidos malos informes”. *El Cooperativista*, n° 8, 15 de febrero de 1947, p. 4.

que la cooperativa fracasara. Con todo, ese año la venta de vino se hizo sin inconvenientes, a un precio relativamente bueno y en pocos meses, aunque todo el dinero que entraba se destinó al pago de las deudas contraídas, pues el objetivo era salvar a la cooperativa de cualquier acoso de los acreedores particulares.

El camino hacia la consolidación

Por lo general, durante los primeros años los retornos fueron capitalizados a fin de contar con fondos para atender al movimiento de la sociedad y desde 1936 fue evidente que la cooperativa se desenvolvía precariamente, pero en forma firme y segura y que, aunque lentamente, comenzaba a consolidarse. Sin embargo, la desconfianza no había desaparecido. En ese clima, el revés económico sufrido por la FAA, que tuvo que pedir su propia quiebra, hizo peligrar la unidad de los asociados porque hubo quienes pidieron desligarse de la federación para formar una sociedad gremial aparte, pero esos intentos fueron neutralizados. Es que, a pesar de los obstáculos e inconvenientes de todo orden que venía enfrentado la cooperativa, los resultados económicos comenzaban a ser satisfactorios y en 1936, en asamblea extraordinaria de socios, se resolvió ampliar la bodega y al mismo tiempo aumentar el capital accionario. Respecto a lo último, lo que se deseaba y se logró fue regularizar ese capital en forma proporcional a las hectáreas de viñedo de cada accionista. Con esta decisión también se buscó garantizar la financiación de las obras de ampliación de la bodega. Además, ese año se adquirió una propiedad cercana a la bodega, en la que se proyectaba instalar una fábrica de licores, tanques para el depósito de alcoholes y una columna rectificadora.

Se llega así al año 1939 con 98 socios, un capital accionario de \$170.000 y con una elaboración anual de 1.294.000 litros de vino. Sin embargo, los dolores de cabeza de los colonos no desaparecían. El 21 de agosto de 1939, una fuerte helada malogró no sólo la cosecha de ese año, sino que también comprometió la de los años siguientes

porque muchas plantas se perdieron. Habitados a este tipo de desastres, los colonos se movilizaron y en asamblea extraordinaria de socios del 17 de enero de 1940 el presidente de la cooperativa informó que tanto los estatutos sociales como la ley de cooperativas sólo permitían elaborar las uvas de los asociados, y que si la bodega y la destilaría no trabajaban no tendrían productos para la venta y se perdería la clientela que se había logrado hacer, de modo que era necesario gestionar ante las autoridades nacionales el permiso para elaborar vinos con uvas adquiridas a no socios. Aceptada tal sugerencia por parte de los asambleístas, esas gestiones fueron realizadas por el presidente y vicepresidente de la cooperativa, Máximo Bergagna y Juan B. Visintini respectivamente, y el enólogo Miguel Grosso, y culminaron con la obtención del permiso solicitado, pero con la limitación de no poder utilizar uvas de otras provincias. Es entonces cuando surge la idea de alquilar o comprar una bodega en La Rioja y se designa una comisión para que viaje con tal fin a esa provincia.

La delegación emprendió viaje el 11 de febrero y visitó cuanta bodega encontró hasta que finalmente en la zona de Chilecito, localizaron una “bodeguita” con una capacidad de unos 1.200 cascos y cuyo precio era accesible. Pocos días después se efectuó su compra y de esta forma es como *La Caroyense* llegó a Chilecito. Los nuevos propietarios respetaron los convenios que el vendedor Adolfo Azar tenía con los viñateros de la zona y compraron asimismo uva de otros productores, aunque en esto hubo dificultades porque en la zona de Chilecito también se desconfiaba de la cooperativa y hubo que trabajar con uvas de Famatina y Pituil hasta completar la capacidad de la bodega. Salvada de ese modo la situación, el consejo de administración comenzó a estudiar la forma de organizar una sucursal en Chilecito o de formar allí una nueva cooperativa con los pequeños viñateros de la zona y alrededores, proyecto para el que se obtuvo el visto bueno del ministerio de agricultura de la Nación.

Por entonces muchos colonos caroyenses seguían resistiéndose a asociarse, aunque esa resistencia cedió en 1942, cuando los 113

socios existentes al comienzo del año pasaron a ser 202 al finalizar el mismo. Fue este salto en el número de asociados el que indicó que la cooperativa comenzaba a consolidarse, que la desconfianza y las dudas respecto a su futuro estaban desapareciendo y que entre los colonos ya no había argumentos para desprestigiarla. Ese mismo año, animado por tan halagüeña perspectiva, el consejo de administración resolvió constituir en Chilecito una sucursal de la cooperativa. Por cierto, la tarea de convencer a los riojanos sobre las bondades de la cooperación fue difícil, pero finalmente se logró la adhesión de una docena de ellos y con esos asociados en Chilecito se empezó a recibir y elaborar los productos en forma cooperativa. Aunque todos ingresaron sin conocer ni comprender los ideales cooperativistas, a estos asociados se les debe la instalación de la cooperativa en Chilecito y el que con el tiempo los beneficios de la cooperación se hicieran extensivos a todos los productores viñateros de la zona, incentivados porque los precios que fijaba la cooperativa siempre fueron superiores a los que pagaban los demás bodegueros.

El creciente movimiento de la sociedad hizo que en 1943 se decidiera ampliar la bodega adquiriendo nueva maquinaria y al año siguiente se construyeron más piletas y se adquirió unabodega ubicada en El Pedacito, departamento Totoral⁶. Esta operación fue importante para la cooperativa porque al efectuarla se aseguró el ingreso de todos los productores que ya trabajaban con esa bodega, de manera que desde entonces se contó con el aporte de la producción de uva de esos nuevos socios, la que representaba casi un 80% de la producción de la zona. En ese año, además, se hicieron nuevas construcciones y ampliaciones en la bodega de Caroya. Razones de espacio y sobre todo los objetivos perseguidos por este trabajo, que lejos están de pretender hacer una historia exhaustiva de esta cooperativa sino solamente mostrar lo que el espíritu de cooperación de los colonos fue capaz de lograr, nos compelen a dejar aquí la

6 Esta bodega era propiedad de la sociedad Bodega y Viñedos "El Pedacito" S. R. L.

evolución económica de la misma, que ya se había consolidado, y pasar a otra cuestión tan o más importante como lo es su acción social, que abordamos en el siguiente apartado.

La acción social y cultural de *La Caroyense*

Secciones solidarias

Las sociedades de socorro mutuo creadas por los inmigrantes italianos tuvieron dos funciones básicas: la atención de la salud y el seguro de sepelio. Respecto a esto último se debe decir que en Caroya el espíritu de mutua cooperación se manifestó en forma práctica a través de una propuesta aprobada en una asamblea de la sección local de la FAA realizada en 1937. La iniciativa de Juan B. Visintini, presidente de esa sección, sirvió para dar nacimiento a la *Sección de Ayuda Mutua*, prevista en los estatutos de la cooperativa. Aunque con esa decisión se concretaba un viejo anhelo y una evidente necesidad de los colonos, la importancia tanto moral como material de ese beneficio no fue en un principio valorada por muchos asociados. En efecto, en un primer momento al seguro de sepelio, que fue la primera medida tomada luego de la creación de esa sección y al que podían acceder todos los asociados que voluntariamente lo aceptaran, sólo adhirieron 68 socios que comenzaron a pagar un seguro mensual de \$1,00. Con el transcurso del tiempo ese aporte pasó a ser insignificante y en 1941 se aumentó a \$3,00 y se redactó un nuevo convenio que fue firmado por 140 asociados y que estuvo en vigencia hasta diciembre de 1945. Desde esa fecha entró a regir el reglamento incluido en la reforma de los estatutos sociales de la cooperativa aprobada ese año, que obligó a todos los socios-accionistas a aportar con ese fin una contribución a establecer por el consejo de administración.

Aparte de la *Sección Ayuda Mutua*, la cooperativa también contó con otras secciones. La *Sección Almacenes*, la *Sección Bazar*

y la *Sección Tienda* prestaron importantes beneficios económicos a sus asociados. El constante aumento de estos y la mayor conciencia cooperativa adquirida por la masa societaria a través de sus relaciones con la entidad les hizo usar cada vez más los servicios que la misma ofrecía, colmando la capacidad de los viejos almacenes, de manera que a mediados de 1970 el consejo de administración decidió construir un moderno *supermercado* con el fin de brindar una más rápida y mejor atención en el abastecimiento de mercaderías, tanto a sus asociados como a la población de Caroya y su zona de influencia. La construcción de ese supermercado, que contó con depósitos e instalaciones de venta funcionales y modernas, fue terminada en muy poco tiempo y con gran orgullo *El Cooperativista* publicó en diciembre de 1972 una fotografía de un sector del salón de ventas.

El Club y la Biblioteca Colón

Al referirse a la vida de los italianos y de sus instituciones, entre las funciones cumplidas por las asociaciones mutuales Devoto menciona su rol de ámbitos de sociabilidad para sus miembros, y resalta la importancia que tuvieron en la sociabilidad de los inmigrantes los clubes que ellas crearon, al combinar deporte con vida social⁷. Ahora bien, en el caso especial de Caroya fue *La Caroyense* la que proporcionó ese espacio de sociabilidad, el que no se limitó a sus asociados, sino que fue abierto a toda la población. Una muestra cabal y muy clara de la acción social que la cooperativa se proponía llevar adelante es que junto con la inauguración de su bodega resolvió fundar un club de jóvenes agrarios que agrupara a los hijos de los asociados y colonos con los siguientes propósitos: a) propender a la elevación moral de la juventud campesina, b) organizar una biblioteca y concursos de índole cultural, c) realizar todo cuanto contribuyera a proporcionar a los jóvenes agrarios

7 Fernando J. DEVOTO, *Historia de los italianos en la Argentina*, 2ª ed., Buenos Aires, Biblos, 2008, pp. 336-337.

conocimientos técnicos para el cultivo de la tierra y la elaboración de la materia prima, d) proporcionar instrucción y cultura a las mujeres del campo, a fin de que tuviesen amplia capacidad para dirigir un hogar con eficacia y dignidad, y e) proporcionar motivos a los jóvenes para reunirse, familiarizarse, unificar criterios y hábitos. Es decir, lo que se pretendía era formar “hombres capacitados” que en el futuro integraran el consejo de administración, suplantando “a los viejos” con desenvoltura⁸.

En pocos días se pudo organizar la primera reunión, a la que asistieron unos 50 jóvenes entre varones y mujeres y convocar a una asamblea para el 1° de mayo de 1932 en la que quedó definitivamente constituido el club, al que se le dio el nombre de *Club Juventud Agraria Colón* y que fue la entidad social, cultural y deportiva decana de la localidad. De este modo el club inició sus actividades colaborando en la organización de los actos con que se festejó la inauguración de la bodega, hecho ocurrido el 22 de mayo de 1932 y que contó con la presencia de Esteban Piacenza, presidente de la FAA, de autoridades provinciales, departamentales y locales, de los asociados y demás colonos. No faltó por cierto el banquete para 450 comensales, ni los discursos de sobremesa. Uno de los oradores fue Ernesto Zenarola, presidente de la cooperativa quien destacó la significación del acto que los convocaba:

“Estos hechos reales como la inauguración de esta obra que consideramos monumental para esta Cooperativa, significan lo que puede la unión conseguida luchando en contra de mil obstáculos, entre ellos el más grande: la incompreensión de la mayoría de los productores, que no han podido salir todavía del callejón estrecho, del mezquino egoísmo individual que le impide ver las ventajas presentes y sobre todo futuras de la obra en común⁹.”

8 *El Cooperativista*, n° 10, 17 de marzo de 1947, p. 3.

9 *Ibíd.*, n° 9, 1° de marzo de 1947, p. 4.

En 1944, como la localidad carecía de una sala de cine, la comisión directiva del club decidió incorporar a las actividades del mismo dos funciones cinematográficas semanales. Surgió así el *Cine Club Colón*, el que en 1957 inauguró una moderna sala de proyecciones.

La biblioteca fue otro de los aportes de la cooperativa a través del club. Creada también en 1932 con el nombre de *Biblioteca Rural Colón*, con ella se encaró el cumplimiento de los objetivos culturales perseguidos por la institución, que no escatimó esfuerzos para proveerla de libros. Con el tiempo, el constante acrecentamiento del acervo de la biblioteca y de sus prestaciones culturales hizo que, a fines de 1958, el club resolviera dotarla de “un nuevo y amplio” local, pero, como no estaba en condiciones de afrontar por sí solo el enorme costo que esa obra suponía, dispuso también “la emisión de una serie de bonos contribución voluntaria de cincuenta pesos cada uno”. Para reunir la suma necesaria para concretar esta iniciativa era preciso ubicar tres mil bonos entre los habitantes de Caroya y en su edición número 143 *El Cooperativista* publicitó esta iniciativa en un artículo titulado “Se necesitan 3.000 personas con espíritu de bien común”, promoción que continuó haciendo con gran entusiasmo en los números siguientes.

La construcción de esa nueva sede, para lo cual el club recibió una subvención del gobierno provincial destinada tanto para gastos de ampliación del local como para la adquisición demuebles y materiales, significó el cierre temporario de la biblioteca que fue reabierto al público a mediados de 1962, ocasión en que desde las páginas del boletín se requirió a los vecinos la donación de “libros técnicos, históricos u otros temas que sean de interés y utilidad para el mejoramiento de la capacitación, social y cultural de la población”¹⁰. La inauguración del nuevo edificio se realizó el 11 de octubre de 1963. Desde entonces esta biblioteca fue una de las más completas y mejor organizadas de la provincia pues su importante y valioso material

10 *Ibíd.*, n° 176, julio de 1962, pp. 1-2.

de lectura, consulta y estudio había sido clasificado por el entonces moderno sistema Decimal Dewey. Además, también contaba con un salón anexo donde funcionó un Centro de Alfabetización para adultos, un bar y comedor permanente, una amplia pista al aire libre, peluquería y otras comodidades que hicieron del club una de las instituciones mejor dotadas del interior provincial.

En 1963, una nueva iniciativa del club fue la creación de la *Sección Infantil*, cuya finalidad fue que los niños pudiesen contar con un lugar adecuado y ambiente propicio para su edad. Las actividades desarrolladas en esta nueva sección fueron: educación física, juegos de salón, reuniones sociales, excursiones, campeonatos de básquetbol y de baby fútbol y atletismo. En fin, al concluir el periodo consultado el Club Juventud Agraria Colón había cumplido ampliamente con sus propósitos iniciales, salvo en lo referido a la instrucción de la mujer campesina.

El Sanatorio Caroya

Las asociaciones mutuales son una de las instituciones creadas por los italianos en los diferentes lugares del mundo a los que emigraron y fueron el emblema de su presencia en el exterior (Devoto, 168). En Caroya no existió una sociedad de socorros mutuos, pese a que desde la llegada a ella de los primeros colonizadores siempre hubo preocupación por la salud. En la época de los fundadores de la colonia ese anhelo de mantener un buen nivel sanitario se vio impedido por la carencia de médicos rurales, no solamente en Córdoba sino también en el resto del país, y los colonos debían recurrir a los médicos establecidos en la vecina Jesús María o bien recurrir a los curanderos, y solo en los casos de epidemias el gobierno provincial envió “personas que ayudaran a la atención de los enfermos y para recetar las medicaciones propias de esos tiempos”¹¹. Son las autoridades

11 Efraín U. BISCHOFF, *Y ellos forjaron un pueblo, (Historia de Colonia Caroya)*, Córdoba, Talleres Gráficos La Docta, 1968, p. 223.

municipales las que se encargaron de la cuestión, aunque hubieron de esperar hasta los primeros años del siglo XX hasta conseguir un médico que accediera a instalarse en la colonia. Más tiempo hubo de pasar hasta que se creó el primer centro médico, el *Sanatorio San Antonio* el que muy pronto fue seguido, ya en 1947, por el *Sanatorio Caroya* y en esto el accionar de *La Caroyense* fue fundamental.

Para que *La Caroyense* pudiera cumplir con uno de los principios básicos de la cooperación libre que es mejorar la condición social de los miembros que abrazan sus postulados, según sus estatutos sociales entre sus objetivos figuraba la creación de “una sección para asistencia médico-social a los asociados y familiares, y para proveerles de los medicamentos necesarios”. Pues bien, ese objetivo comenzó a cumplirse cuando en la asamblea extraordinaria del 27 de octubre de 1946 se aprobó la creación de la *Sección de Asistencia Médico-Social*, así como el reglamento interno de la misma y se autorizó al consejo de administración para que facilitase a la sociedad de médicos, integrada por los doctores Armando Del Acqua, José Pécora y León Almozni, los fondos necesarios para la construcción de un moderno edificio destinado a sanatorio, conforme al proyecto y presupuesto que en planos y pliegos aprobase ese consejo. La cooperativa contrató asimismo a la mencionada sociedad de médicos para la atención del sanatorio.

Respecto a lo último es conveniente explicar cómo se organizó este nuevo servicio y qué papel jugaron la cooperativa y la sociedad de médicos respecto al mismo. En cuanto a lo que era de interés de los asociados debemos decir que, para obtener los servicios a favor de los mismos, *La Caroyense* se hizo cargo de la financiación íntegra del edificio del sanatorio, facilitando en préstamo y con las garantías reales del caso, las sumas necesarias, con interés mínimo al capital. Como contraprestación a favor de sus asociados, la cooperativa aseguró los servicios del sanatorio para los socios, sus familiares y las personas que de ellos dependieran, quienes libremente podían acogerse a estos beneficios, abonando una cuota de 50 centavos mensuales

por persona incluida en la ficha familiar; para ello pactó aranceles que reducía la atención para sus asociados a la mitad o menos de lo que debían pagar quienes no fuesen integrantes de la cooperativa. Además, al posibilitar la realización de la obra proyectada por la sociedad de médicos de Caroya, la cooperativa también demostró un amplio espíritu de solidaridad colectiva, ofreciendo de alguna manera su esfuerzo a Caroya y zonas adyacentes, a las que les brindó asistencia médica en todas las especialidades y la provisión de los medicamentos necesarios para el tratamiento de sus enfermedades.

Las obras del sanatorio, que fue dotado de todos los adelantos en cuanto a aparatos e instrumental y que contó con una farmacia, se realizaron en pocos meses y se inauguraron el 19 de octubre de 1947. A esa inauguración asistió, especialmente invitado, el presidente de la FAA, don Irineo Barrios quien en su discurso aludió a los orígenes de *La Caroyense* y a la función social que la misma venía cumpliendo y que le había llevado a satisfacer una nueva necesidad de sus asociados creando ese sanatorio¹². Sin dudas, el *Sanatorio Caroya* fue en su momento el más grande del norte de la provincia de Córdoba y el mejor equipado. Al cumplirse el primer aniversario de su funcionamiento, *El Cooperativista* publicó una estadística de las diferentes prestaciones efectuadas por el mismo y de los enfermos internados, de la cual se desprenden algunas conclusiones interesantes. En primer lugar, muestra que el sanatorio permitía resolver, tanto a los enfermos en general como a los asociados residentes en Caroya, casi todos sus problemas de salud sin necesidad de recurrir a otros centros médicos alejados de la localidad, y, en segundo lugar, dejan ver que de los 399 enfermos internados y operados durante un año casi la mitad fueron de otras localidades, algunas muy alejadas de Caroya, lo cual destaca muy claramente el prestigio que la institución había sabido crearse también fuera de la colonia. Por último, nos permite constatar asimismo que algunas instituciones oficiales, como

12 *Ibíd.*, n° 22, 6 de noviembre de 1947, p. 2.

Correos y Telecomunicaciones y el Ministerio de Guerra, habían contratado sus servicios para la atención de su personal.

Para concluir este apartado debemos decir que en lo que se refiere a las asociaciones de socorros mutuos, cuya aparición caracteriza, según Devoto, a la primera época de la inmigración italiana en la Argentina, en Caroya no lo lograron los fundadores ni la primera generación de sus descendientes, sino que se consigue a partir de la segunda generación.

El Cooperativista

El primer número de este periódico institucional apareció el 19 de octubre de 1946, cuando *La Caroyense* contaba con más de una década de vida, y su finalidad fue completar la obra realizada hasta ese momento por la cooperativa, constituyéndose en el vehículo que mantuvo en permanente contacto a todos sus socios, pues en forma constante informó del quehacer de la sociedad y difundió los principios de la cooperación, además de publicar noticias sociales, culturales, deportivas y de interés general. Los propósitos perseguidos por la cooperativa con la publicación de este boletín fueron explicitados en la página inicial del mismo, en la que se afirmó que la cooperativa, luego de sus azarosos comienzos, se encontraba en pleno apogeo económico, pero que esos resultados materiales eran la única "causa del apoyo" que recibía la entidad, de modo que al tomarse los efectos como causa de su sostén "nuestro cooperativismo no descansa en bases sólidas". Por eso, para lograr que la adhesión obedeciera "a causas más profundas", es que decidieron que el boletín debía perseguir dos objetivos básicos: 1) dar a los asociados un conocimiento periódico de la marcha de la cooperativa y 2) ilustrarlos acerca de los principios en torno a los que gira la cooperación libre, explicando de este modo esos objetivos:

“El primer objetivo es fácil de comprender, se refiere al desenvolvimiento económico, al movimiento industrial y comercial de la entidad. El segundo se llenará aportando, cada número de este órgano de la Sociedad, conocimientos que han de contribuir a la formación del espíritu que en cada asociado reclamamos, exponiendo los principios y el desenvolvimiento de la cooperación en su ascendente marcha actual. Aspiramos, en definitiva, en este aspecto, a formar cooperativistas fervientes, conocedores de la obra en cuya realización participan, que han de ostentar con orgullo, como el fruto de un loable esfuerzo de superación¹³.”

Fue sobre esas bases que *El Cooperativista* organizó su discurso destinado al lector. Ahora, ¿quién y cómo era ese lector? De hecho, sus lectores eran no solamente los asociados a la cooperativa sino todos los vecinos de Caroya y su zona de influencia y, por esta razón, la colonia fue el centro indiscutible de la publicación. El boletín era leído por hombres y mujeres, por adultos, jóvenes y niños pertenecientes a esta comunidad de origen friulano cuyas costumbres eran morigeradas y que estaba dedicada fundamentalmente al cultivo de la tierra, de lo cual dependía su bienestar material. A esos lectores el periódico trató de llegar con un estilo que respetó la vocación plural de los valores cooperativistas.

Indudablemente para alcanzar la soñada meta de los 28 pioneros de Rochdale, es necesario contar con una verdadera cultura y conciencia cooperativista y para eso es indispensable disponer de medios de difusión adecuados para que esos principios lleguen a los socios de una cooperativa y a toda la comunidad. En la actualidad se insiste mucho sobre la conveniencia de que las cooperativas dispongan de un periódico institucional y se asegura que para que esa empresa cumpla su finalidad es suficiente contar con una

13 *Ibíd.*, n° 1, 19 de octubre de 1946, p. 1.

comisión redactora hábil y entusiasta que haga de él “algo ameno y esperado por los asociados”, es decir, que no es necesario contar con profesionales cooperativos o periodísticos¹⁴ y esto es lo que de hecho sucedió con *El Cooperativista* en cuyas páginas apareció el material recopilado, compaginado, escrito y redactado por personal no especializado que cumplía esa misión al margen de sus tareas específicas en la cooperativa, pues el boletín no tuvo a su frente periodistas profesionales.

En efecto, el periódico fue puesto en marcha no solo sin contar con personal especializado sino también sin disponer de los más indispensables elementos propios del periodismo y esta característica se mantuvo inalterable durante todo el período estudiado, durante el cual el periódico tuvo muy pocos colaboradores, de los cuales el principal fue Santiago C. Rizzi quien escribió en forma permanente sobre muy diversas cuestiones: deportes, cooperativismo, consejos útiles, reseñas y crónicas. Ahora bien, junto a las notas de este múltiple y fiel colaborador, el periódico se nutrió con artículos tomados de otras publicaciones y, en el caso de las cuestiones de especial interés para los agricultores, donde como se verá más adelante la gama de temas abordados es amplísima y su inclusión en el boletín fue permanente, a veces reprodujo artículos de *La Tierra*, *La Chacra*, la *Revista de la Cooperación* y el *Almanaque de la Cooperación*. En cuanto a las notas relativas a la difusión del cooperativismo, las mismas durante muchos años fueron escritas por Rizzi mientras que otras fueron transcripciones del *Almanaque de la Cooperación*, la *Revista de la Cooperación*, la *Revista Cultura Rochdaleana*, la *Revista CO-DE-FA*, la *Gaceta Cooperativa*, la *Democracia Económica*, “*México Nuevo*”, “*Rumbos*” de Montevideo, la *Revista Sancor*, *El Cooperador* y *La Chacra*. Además, con frecuencia se reprodujeron también opiniones y pensamientos de grandes cooperativistas como Carlos Gide, Jean Emmers, Armando A. Moirano y Domingo Barea, entre otros.

14 Roberto F. BERTOSI, *Servicios públicos cooperativos*, Buenos Aires, El Derecho, 2009, p. 118.

Ciertamente, el interrogante que se nos planteó fue el de cómo encarar el estudio de esta riquísima fuente, a lo largo de los 346 números aparecidos desde su creación y hasta el año 1978 que es el límite temporal dispuesto para este trabajo, el que por otra parte tiene impuesto también un reducido espacio, y la solución la hallamos en la división del estudio en función de las distintas secciones fijas o permanentes y sin aturdir al lector con excesivas precisiones, y en la transcripción de una acabada síntesis que de los contenidos del periódico fue hecha por Santiago C. Rizzi al cumplir aquél trece años de vida, síntesis que nos releva del esfuerzo de realizar otra:

“En los trece años de vida, creemos profunda y sinceramente que nuestro periódico EL COOPERATIVISTA, cumplió a plena conciencia los enunciados de su primer número, por cuanto sus páginas llevaron a cada hogar de nuestros socios, las elevadas virtudes de la libre cooperación en sus distintas manifestaciones y en otro orden, el movimiento social y económico de nuestra cooperativa, las superiores inquietudes de accionistas y dirigentes, comentarios y artículos referentes a plagas en los cultivos y su forma de prevenir y combatirlas; noticias de los hogares de nuestros socios y sus familias que llegaron a nuestra mesa de trabajo; hechos de trascendencia e interés general producidos en las zonas de influencia de nuestra sociedad y otras actividades sanas, entre ellas, el deporte en sus distintas ramas, por considerarlo inherente y beneficioso en el desarrollo de la vida humana y porque en su noble práctica, juegan un rol preponderante los sanos y elevados principios de la cooperación, tanto en el desempeño del pasatiempo favorito, como en la correcta forma de comportarse dentro y fuera del campo de juego, estimulando a la juventud, desde temprana edad a vivir sanamente, no sólo en el orden corporal, sino en igual plano en lo moral y espiritual¹⁵.”

15 *Ibíd.*, n° 154, 27 de junio de 1959, pp. 1-2.

Pues bien, en *El Cooperativista* podemos distinguir una serie de cuestiones que aparecen en forma permanente en sus páginas, aunque no todas constituyan propiamente secciones. En efecto, como secciones fijas solamente tuvo tres, referidas a: 1) resoluciones del consejo de administración, 2) deportes y 3) sociales, a las que se deben agregar los temas no agrupados en secciones y que incluyen informaciones sobre el accionar de *La Caroyense* y de otras cooperativas e instituciones similares que actuaban en la localidad, cuestiones de interés especialmente para los agricultores y artículos destinados a difundir los valores cooperativos. Además, en buena parte de los números consultados aparecieron avisos comerciales.

En lo que se refiere a informaciones sobre la vida de la cooperativa, las resoluciones del consejo de administración constituyen un apartado que está presente en la mayoría de las ediciones consultadas. Esas resoluciones son las tomadas habitualmente por cualquier consejo de administración de una cooperativa y son similares también a otras informaciones sueltas que brindaba el boletín en lo que podríamos denominar "informaciones sobre la vida de la cooperativa", y que en síntesis son: convocatorias a asamblea, memorias y balances, nóminas de accionistas, incorporación y exclusión de socios, rescate de acciones, emisiones de bonos y depósitos y préstamos bancarios, donaciones recibidas, viajes en comisión de los consejeros, cuestiones gremiales y laborales, sueldos y jornales abonados, incorporación de nuevos técnicos, construcción de nuevas instalaciones, compras de propiedades, vehículos, materiales y equipos para la bodega, cosecha de uva, petitorios, reformas estatutarias y reglamentaciones, distribución de excedentes, intereses accionarios y retornos de bazar, tienda, almacén y cosecha de uva. En ese amplio espectro de informaciones sobre el accionar cooperativo destacan especialmente algunas de gran significación tanto para los asociados de la cooperativa como para todos los vecinos de las zonas en las que ésta actuaba y a las que aludimos a continuación.

Una de ellas fue la historia de la cooperativa. Entre diciembre de

1946 y diciembre de 1947, es decir durante el primer año de vida del boletín, en él se ofreció en 16 entregas sucesivas y bajo el título “Historia de la fundación de la Cooperativa *La Caroyense*”, una detallada y muy bien lograda reseña histórica de la cooperativa desde su constitución en 1930 y hasta la aparición de *El Cooperativista*. Tiempo después, el interés por conocer “como se formó y pudo alcanzar el extraordinario progreso que se aprecia de nuestra cooperativa”, que los asociados y vecinos y aún personas ajenas al medio manifestaban con frecuencia, llevaron a Santiago C. Rizzi a escribir “no su historia con todos sus detalles, sino simplemente apuntes sintéticos comentados” de los hechos sobresalientes de su devenir, a los que tituló “Apuntes sobre el nacimiento y desarrollo de *La Caroyense*” y publicó en 6 notas aparecidas entre setiembre de 1963 y abril de 1964. Una reseña similar a ésta y escrita también por Rizzi fue publicada en 9 entregas, entre octubre de 1967 y julio de 1968, bajo el título “Nacimiento y desarrollo de nuestra cooperativa” al cumplir *La Caroyense* 37 años de vida; esta reseña rememora las “luchas pasadas a los socios de sus primeros tiempos” y tuvo por objeto hacer conocer a los nuevos socios como nació y cómo creció la cooperativa a través del tiempo. Como la cooperativa actuaba en la zona de Caroya y también en la provincia de La Rioja, para promover el conocimiento entre los asociados de una y otra provincia, Rizzi publicó dos series de artículos; la primera, “Para conocernos más y mejor”, se publicó en 12 entregas entre agosto de 1968 y julio de 1969, y la segunda, “Para acercarnos y conocernos mejor”, en 24 entregas entre junio de 1976 y mayo de 1978¹⁶.

16 Estas dos últimas series incluyeron notas gráficas que muestran distintos aspectos de los lugares donde vivían y trabajaban los asociados de La Caroyense. A la pluma de Rizzi pertenece también otra reseña destinada a hacer conocer algunos aspectos de la historia de Caroya y que tituló “Nuestra Colonia Caroya de ayer”; esta serie de 8 entregas se publicó entre febrero y octubre de 1959 y fue precedida por el artículo “Colonia Caroya en el presente, en su pasado y su porvenir”, incluido en la edición de diciembre de 1958. Otra remembranza del pasado de la colonia, escrita también por Rizzi, son los

La sección sociales, presente en todas las ediciones del boletín, mantenía informados a los vecinos de Caroya y de Chilecito de todas las novedades en cuanto a bailes, veladas artísticas, funciones cinematográficas, kermeses, la fiesta provincial de la vendimia y el Festival de Doma y Folklore de Jesús María; cumpleaños, compromisos, despedidas de soltero y de compañeros de trabajo, enlaces, nacimientos, bautismos, primeras comuniones, fallecimientos, funerales, personas enfermas y viajeros, bodas de plata y oro matrimoniales, homenajes y demostraciones, fiestas infantiles y encuentros de camaradería, peregrinaciones, misas y fiestas y patronales, viajes y excursiones, accidentes y visitas destacadas. Ningún acontecimiento que afectara a las familias de los asociados y vecinos escapó a la mira de *El Cooperativista*.

El estudio de los avisos publicitarios proporciona, por su parte, pistas sobre el poder y la influencia social de este periódico cooperativo. Quienes en él publicitaban sus actividades van desde los profesionales locales y de la ciudad de Córdoba que actuaban en Caroya (médicos, abogados, escribanos, ingenieros), maestros y profesores particulares, academias de corte y confección, mecanografía, contabilidad y piano, fábricas de mosaicos, muebles y colchones, talleres mecánicos y de fundición, farmacias, imprentas y talleres gráficos, sastrerías, mercerías, tintorerías, modistas y casas de moda y peluquerías, hasta importantes productos como el Herbicida Shell N° 10 o la línea aérea Alitalia, además de la propia Cooperativa *La Caroyense* y el *Sanatorio Caroya*. A ellos se unen asimismo los avisos puestos por particulares que ofrecían en alquiler o venta terrenos, campos, granjas y casas, caños y canaletas, automóviles, camiones, tractores, motocicletas, motores y generadores, cepilladoras, sembradoras, máquinas de carpintería y de cortar alfalfa, telares, heladeras, postes, semillas, plantas frutales y árboles.

artículos dedicados a recordar a los ediles fallecidos que el periódico publicó en 1965, en adhesión al homenaje que organizara el H. Concejo Deliberante.

Entre las cuestiones de especial interés para los agricultores la gama de temas abordados es amplísima y su inclusión en el boletín fue permanente, a veces reproduciendo artículos de *La Tierra, La Chacra*, la *Revista de la Cooperación* y el *Almanaque de la Cooperación*. El listado de cuestiones de este tipo puestas a consideración del lector es interminable –comercialización de productos agrícolas y de primera necesidad, informaciones sobre la cosecha y precio de la uva, consejos útiles para los productores y sobre la elaboración del vino, etc.– y entre ellas destacan los flagelos del clima –las tormentas de piedra y las heladas– y el problema del agua. Esta última cuestión que afligió siempre a los vecinos de Caroya fue abordada por *El Cooperativista* muchas veces, informando sobre las gestiones para la construcción de un dique –nivelador o de afloramiento– que se esperaba solucionara el problema del riego, como también de las destinadas a proveer de agua corriente a la localidad. En fin, a lo anterior se debe agregar asimismo el interés puesto en el seguimiento de la construcción de líneas de alta tensión, destinadas a mejorar el servicio eléctrico en la zona de influencia de Caroya.

La promoción del deporte fue esencial en esta empresa periodística destinada al fortalecimiento del espíritu cooperativo y su objetivo fue formar más y mejores cooperativistas. Dada la popularidad que entre los asociados de la cooperativa tenía el juego de las bochas, no debe sorprender que fuera a éste al que más espacio se le dio en la sección deportes. El fútbol fue otro juego que concentró fuertemente la atención del boletín, en tanto que el ciclismo, motociclismo y automovilismo solo en contadas ocasiones merecieron ser incluidos en la sección deportes, aunque la misma estuvo presente en la casi totalidad de los números consultados y cuya información, si bien mayoritariamente referida a la actualidad deportiva de Caroya y Chilecito, incluyó asimismo referencias a eventos deportivos de otros lugares de ambas provincias. Se podría pensar que la inclusión en el boletín de la sección sobre deportes respondía exclusivamente al atractivo que las bochas o el fútbol ejercían sobre los vecinos

de Caroya, pero se estaría soslayando un interés bien distinto que es el relacionado con los principios cooperativos que consagran la conveniencia de la formación de los jóvenes cooperativistas. Esto nos lleva a otra importante cuestión abordada en el boletín: la promoción y educación cooperativa, que hoy tanto preocupa a los cooperativistas y que los especialistas sostienen es una tarea que puede y debe ser cumplida a través de los periódicos cooperativos¹⁷.

Mediante la inclusión de artículos que resaltan el valor de los principios cooperativos y el espacio concedido a la actividad desplegada por otras cooperativas, *El Cooperativista* cumplió ampliamente con uno de los propósitos más importantes tenidos en cuenta al crearse este periódico institucional y lo hizo con la publicación de artículos sobre el cooperativismo y la difusión de su vasta acción social, los que están presentes en poco más de la mitad de los números consultados y a veces en un mismo número se incluyó más de un artículo sobre el tema, los que en muchos casos están firmados por Santiago C. Rizzi. Ahora bien, si muchos fueron los artículos referidos a esa temática, no menos intensa fue la atención prestada al accionar de otras cooperativas del medio y a otras instituciones como la FAA.

La prédica cooperativa es quizás el aspecto más destacable del contenido de este boletín. *El Cooperativista*, creado por *La Caroyense* con el fin de mantener informados a los socios sobre sus actividades, desde su primer número señaló en forma precisa la importancia vital que reviste la colaboración de los socios en todos aquellos aspectos tendientes al mejoramiento del hombre en sus distintos matices: trabajo, pasatiempo, cultura, sociabilidad, sentimientos, y en muchas oportunidades desde sus columnas cumplió con la otra misión igualmente importante de difundir y comentar, de forma amplia y clara, los principios de la cooperación, "para que los mismos sean comprendidos y puestos en práctica por los socios de nuestra

17 Roberto F. BERTOSI, *Servicios públicos cooperativos... op. cit.*, p. 117.

cooperativa en bien y en beneficio de todos”¹⁸, además de sostener con convicción que la cooperación es “una escuela de adiestramiento a la iniciativa y a la responsabilidad personal, una escuela de ayuda mutua y de formación democrática, social y cívica, que se ocupa de la familia”¹⁹. El activo más importante de las cooperativas está integrado por sus miembros, de cuyos conocimientos, formación y cualidades depende el éxito final de la sociedad, de manera que el periódico manifestó la esperanza que la cooperativa contara con socios en los que primaran los principios de la cooperación, y todos sus esfuerzos estuvieran orientados a inculcar ese ideal.

Educar al cooperador fue por tanto un objetivo fundamental del periódico porque la realidad mostraba que “buen número de pretendidos cooperativistas no poseen el espíritu de cooperación” y sólo conservan “el mecanismo de la cooperación con el control democrático, la adhesión libre, el interés limitado al capital, el exceso de percepción, la neutralidad política y religiosa”²⁰. Por eso, para reavivar el alma y las virtudes cooperativas, desde los primeros artículos que sobre la cooperación aparecieron en sus páginas se resaltó la acción reformadora de las cooperativas, a las que se describió como “organismos sociales con medios y fines económicos y morales”²¹, pues su objetivo es “realizar un beneficio pecuniario y mejorar la condición doméstica y social de sus miembros”²², de allí que una preocupación constante fue hacer conocer a los lectores la experiencia pionera de Rochdale, transcribiendo sus principios y explicándolos, con la finalidad de lograr que los asociados se convirtieran en hombres “honestos” e “incorruptibles”²³.

18 *El Cooperativista*, n° 115, 31 de enero de 1955, p. 2.

19 *Ibíd.*, n° 69, 11 de diciembre de 1951, p. 6.

20 *Ibíd.*, n° 73, 15 de mayo de 1952, p. 5. Este artículo, tomado de la *Revista de la Cooperación*, fue reproducido en forma textual en el n° 83, del 13 de abril de 1953, p. 3.

21 *Ibíd.*, n° 2, 6 de noviembre de 1946, p. 6.

22 *Ibíd.*, n° 4, 12 de diciembre de 1946, p. 6.

23 *Ibíd.*, n° 120, 13 de julio de 1956, p. 4.

La importancia que reviste el deporte en el desarrollo de la cooperación fue predicada por *El Cooperativista* con hechos concretos tal vez más que con la palabra. En efecto, aunque en unos muy escasos artículos se aludió a esta cuestión y en ellos se sostuvo que la cooperación y el deporte no son antagonistas, sino aliados fieles en tanto ambas persiguen el perfeccionamiento del hombre en todas sus manifestaciones, el periódico brindó en sus páginas, como ya se dijo, un amplísimo espacio al deporte y lo hizo pensando ante todo en la juventud, a la que buscaba atraer mediante la lectura de las novedades deportivas pues se creía que por lo general la juventud no se interesa por un texto de capacitación, pero sí por uno deportivo de modo que la lectura deportiva es “el vehículo directo con el que viajará la juventud hacia ésta”²⁴.

Además de propiciar desde sus páginas la difusión de los principios cooperativos y de sostener que era necesario hacerlo “no sólo con la palabra, sino también con el ejemplo de la sana práctica de la cooperación”, *El Cooperativista* abogó constantemente a favor de la educación cooperativa, mostrando que sus responsables, intuitivamente conscientes de que para alcanzar con su cooperativa beneficios de carácter económico, social y cultural, creían en su obligación de velar para que los asociados poseyeran una educación adecuada. Por tanto, la importancia de la educación cooperativa es algo que nunca fue puesto en duda y en un artículo publicado a mediados de 1962 Santiago C. Rizzi ofreció a los lectores un verdadero plan en ese sentido y reprodujo una propuesta que al respecto hiciera Maurice Colombain, quien había integrado el Servicio de Cooperación en la Oficina Internacional del Trabajo.

En síntesis, una lectura detenida del contenido de *El Cooperativista* confirma que el periódico institucional es un órgano de difusión del quehacer cooperativo y una de las mejores vías para llevar adelante la educación cooperativa, especialmente la difusión de los principios

²⁴ *Ibíd.*, n° 78, 4 de agosto de 1952, p. 2.

cooperativos y de los objetivos perseguidos por las sociedades de este tipo, pero también es un vehículo para dar a conocer entre los asociados y sus familiares y a la comunidad en su conjunto tanto los actos cooperativos con sus fundamentos y ventajas, como otras tantas cuestiones que involucran directa o indirectamente aspectos substanciales del quehacer cooperativo e informaciones que atañen a la propia localidad donde se asienta la entidad, lo que lo convierten en una muy rica fuente para el historiador, tanto si lo que pretende estudiar es el devenir de la cooperativa como si quiere profundizar en el conocimiento del pasado de la comunidad que la acoge.

La Caroyense: madre de cooperativas

El éxito logrado por esta primera cooperativa tuvo en Caroya efectos profundos, pues su accionar contribuyó a difundir y afianzar entre los colonos el espíritu de cooperación que había distinguido ya a las primeras generaciones de friulanos asentados en ella, al hacer palpables los beneficios que se logran a través del sistema cooperativo. Surgen así desde fines de la década de 1940 otras cinco cooperativas, las que no solamente siguieron el ejemplo de *La Caroyense* sino que también recibieron de ella y de sus asociados el apoyo necesario para constituirse y prosperar. Es por eso que se puede decir que, además de haber sido un claro y exitoso ejemplo de proyecto cooperativo integral, *La Caroyense* fue madre de cooperativas.

A mediados de los años '40, la irregularidad con que en Caroya se prestaba el servicio eléctrico, que perjudicaba especialmente a la industria, despertó el espíritu de cooperación de la mayoría de los colonos que siempre se habían unido solidariamente para dar solución a todo tipo de problemas y para lograr la satisfacción de sus necesidades, y entre todos encararon este problema que ponía en peligro la provisión de electricidad, adelanto del que gozaban desde hacía quince años. La amplia experiencia cooperativa con

que contaban los colonos y, en especial, el éxito económico de *La Caroyense*, que ya era palpable, hizo que no dudaran en buscar la solución a través de la creación de una cooperativa eléctrica. La metodología empleada en este caso es similar a la que se había puesto en práctica dos décadas antes, cuando se comenzó a trabajar en pos del proyecto de contar con una bodega cooperativa.

En efecto, se recurrió a la formación de comisiones, las que utilizaron el mecanismo ya empleado por Bergagna cuando trabajó para interesar a los colonos en la creación de *La Caroyense*. Es decir, se visitó también a los principales consumidores de energía, entre los que se encontró la más decidida cooperación, logrando la suscripción de un buen número de acciones, lo que hizo suponer que la entidad contaría con el capital suficiente y en condiciones de entrar en funcionamiento inmediatamente después de constituida; además de ello y en igual sentido, se envió una invitación a todos los demás consumidores de energía y vecinos. Fue así que, en muy poco tiempo, se logró concluir con la fase preliminar y, en la asamblea del 12 de abril de 1947, se constituyó la *Cooperativa de Electricidad de Colonia Caroya*. Pocos años después, la ampliación del radio de prestación del servicio eléctrico hacia la vecina localidad de Jesús María y el proyecto de incorporar un nuevo servicio para Caroya, el de agua corriente, hizo necesario reformar los estatutos y, en la asamblea del 18 de setiembre de 1954, la entidad pasa a denominarse *Cooperativa de Agua y Energía de Colonia Caroya y Jesús María Ltda.*

Tres años después de la creación de la cooperativa de electricidad, en Caroya se instaló la *Cooperativa de Tamberos Limitada de Jesús María*, la que agrupó a productores lecheros del norte de Córdoba y fue fundada el 12 de agosto de 1950, aunque dejó de funcionar a mediados de la década de 1970. Esta cooperativa, sin embargo, había tenido un importante crecimiento, llegando a procesar unos 40.000 litros de leche diaria, que distribuía pasteurizada y enfriada en buena parte del territorio cordobés, especialmente en los departamentos del norte, y en las provincias de Tucumán, Salta, Jujuy, La Rioja,

Catamarca y Mendoza.

En 1964, cuando La Caroyense agrupaba ya más del 80% de los productores viñateros de la zona y la cooperativa de electricidad servía a más del 95% de la población de Caroya y sus alrededores, surgieron en la colonia otros dos emprendimientos cooperativos: la *Caja de Créditos de Colonia Caroya Cooperativa Limitada* y la *Cooperativa de Medicina Integral y Servicios Sociales de Colonia Caroya Limitada*. La primera de ellas fue una institución financiera no bancaria y su creación fue propiciada por los vecinos porque para entonces Caroya aún no contaba con ningún banco, aunque muchos de ellos estaban asociados al Banco Cooperativo Agrario Argentino. Los 126 socios que suscribieron acciones al momento de iniciar sus actividades demuestran el amplio apoyo que la nueva cooperativa tuvo entre los comerciantes, industriales, productores agropecuarios y vecinos en general.

En cuanto al segundo de esos emprendimientos cooperativos, debemos recordar que con anterioridad ya se ha aludido al interés de los caroyenses por contar con un buen nivel sanitario. Esa preocupación por la salud volvió a manifestarse en forma concreta con el surgimiento de la *Cooperativa de Medicina Integral y Servicios Sociales de Colonia Caroya Limitada*, constituida el 9 de junio de 1964. Fue este un gran desafío porque en el país aún no funcionaba ninguna entidad similar a la cual consultar acerca de la forma de organizar una tan compleja actividad con la que se pretendía atender tanto a los asociados, en este caso por un costo inferior en un 50% a lo que cobraba la medicina privada, como a las personas sin recursos, a las que se atendía gratuitamente gracias a un contrato suscripto a tal efecto con la municipalidad. Pero el esfuerzo común logró superar aquellos y muchos otros inconvenientes de variada índole de suerte que al finalizar la década los escasos socios con los que había iniciado sus actividades pasaron a ser 1.380 y la colonia se benefició con un servicio médico continuado para pacientes ambulatorios e internados, atendido por dos médicos y enfermeras diplomadas.

Desde sus orígenes, Caroya fue una localidad eminentemente agrícola y sus habitantes, además de una predisposición especial por todas las labores inherentes al campo, estuvieron imbuidos de un espíritu de cooperación no común que se manifestó en forma permanente y que les permitió conocer por propia experiencia los beneficios que la cooperación podía aportar al productor y al consumidor. Para mediados de la década de 1960 esa experiencia había sido muy bien nutrida por el accionar de *La Caroyense*, de la que era socia la mayor parte de los viñateros. Sin embargo, pese a que además de vid, en la zona de Caroya se plantaba también buen número de hectáreas de batatas, papas, zapallos y frutales, a diferencia de lo que sucedía con los viñateros agrupados en *La Caroyense*, los agricultores dedicados a ese tipo de producción no contaban aún con un sistema eficaz para defender el verdadero y justo valor de los frutos que obtenían de sus plantaciones y, en consecuencia, debían avenirse a lo que los intermediarios les ofrecían por sus mercaderías. Conocedor de esa injusta explotación de que eran objeto los productores, por no contar con una institución que defendiera el valor de su trabajo, desde las columnas de *El Cooperativista* y en un extenso artículo, titulado "Agruparse en cooperativa es la solución", Santiago C. Rizzi los instó a formar una cooperativa²⁵.

Esas y otras razones expuestas por Rizzi en el mencionado escrito tuvieron la virtud de interesar a muchos socios de *La Caroyense* quienes, además de los viñedos, trabajaban también en esas ramas agrícolas, los que promovieron una reunión tendiente a la formación de una nueva cooperativa de carácter agro-industrial. Esa reunión se hizo el 11 de abril de 1965 y a ella asistió un importante grupo de agricultores, quienes nombraron una comisión provisoria integrada por un buen número de socios de *La Caroyense*, la que debía encargarse de preparar una asamblea general que avanzara hacia la constitución de la cooperativa proyectada, y que realizara asimismo

25 *Ibíd.*, nº 198, febrero de 1965, p. 3.

una adecuada labor de propaganda, en la que *El Cooperativista* colaboró intensamente invitando especialmente a los socios de *La Caroyense*, que eran los que mayor experiencia “tienen sobre beneficios cooperativos”, a asociarse y suscribir el mayor número posible de acciones de la nueva sociedad, pero también incitándoles a ser activos colaboradores de una obra común y a trabajar “para que inicialmente no quede ningún productor agrario sin ingresar a La Norcordobesa”²⁶.

Gracias a esa amplia publicidad que movilizó a todos los colonos no solamente de las zonas cercanas a Caroya sino también de otras poblaciones del norte de la provincia de Córdoba, el 24 de julio de 1965, quedó constituida “*La Norcordobesa*” *Cooperativa Agro Industrial Limitada*, se aprobaron sus estatutos sociales y se eligió el primer consejo de administración, que debía encargarse de gestionar la personería jurídica, poniéndose en marcha una nueva expresión cooperativista en Caroya. Al igual que en el caso de *La Caroyense*, su principal objetivo fue hacer desaparecer al intermediario en la comercialización en estado natural de los productos del agro y en la industrialización y venta de dulces, mermeladas, conservas y pickles, con los consiguientes beneficios para el productor y el propio consumidor.

Reflexiones finales

Si en una primera etapa, entre 1878 y 1930, a la solución de las múltiples dificultades que debieron enfrentar y a la satisfacción de las necesidades colectivas los colonos friulanos instalados en Caroya lo lograron a través de las prácticas pre-cooperativas, en los albores de la década de 1930 esta situación cambia desde la creación de la Cooperativa *La Caroyense*, haciendo que el nuevo período sea más

26 *Ibíd.*

fructífero que el anterior, tanto desde el punto de vista cooperativo como respecto del desarrollo económico, social y cultural de la colonia.

Desde 1930 en adelante el espíritu de mutua colaboración alcanza la madurez, pues entre los caroyenses se afianzó la convicción de que para la satisfacción de necesidades colectivas tales como la industrialización y comercialización de la producción o la provisión de servicios como el eléctrico, telefónico, de agua corriente y de salud, el camino a seguir era adoptar el moderno sistema cooperativo, en el que se conjugaran tanto intereses económicos como sociales y culturales.

A lo largo del análisis del accionar de *La Caroyense* durante casi medio siglo que se hace en este trabajo creemos haber demostrado, como se anuncia en la introducción, que la misma fue un proyecto cooperativo integral que cumplió con creces con el doble carácter – económico y social– de las sociedades cooperativas y que, además, se convirtió gracias a su accionar ejemplar en este aspecto en “madre de cooperativas”. En efecto, durante el periodo trabajado, que comienza con su creación, esta cooperativa destaca con perfil propio porque en ella se dio una práctica integral de la cooperación que garantizó el completo cumplimiento de los valores y principios que distinguen a ese sistema, en el que lo económico constituye sólo un medio que coadyuva al logro del desarrollo social y cultural de los asociados y de la comunidad en que la entidad se asienta.

Al respecto creemos que no está de más recordar que esa cooperativa fue la institución que más contribuyó al crecimiento económico de la colonia, al eliminar la intermediación tanto en la industrialización como en la comercialización de la vid, y que además desarrolló una amplia acción social y cultural a través de un club que brindó a sus asociados un ámbito de socialización en el que tuvieron cabida el deporte, el esparcimiento, la educación y la cultura; de secciones de almacén y tienda; de seguro de sepelio y un sanatorio donde los socios recibían asistencia médica en todas las especialidades y se proveían de medicamentos; y finalmente, también

proveyó a la localidad de un órgano de prensa que no solamente informó acerca del devenir de la cooperativa y difundió los principios de la cooperación, sino que instruyó a los productores, facilitó la comunicación y el conocimiento entre los caroyenses, favoreció la actividad comercial y profesional mediante la publicidad, y además enriqueció la memoria colectiva.

Fuentes

Fuentes editas

- Argentina, Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (INAES), Las Cooperativas y Mutuales en la República Argentina. Reempadronamiento Nacional y Censo Económico Sectorial de Cooperativas y Mutuales, Buenos Aires, 2008.
- Córdoba, Dirección Provincial de Hidráulica, Departamento de Estudios y Proyectos (1965). *Sistema de Riego del Río Jesús María - Dique de Afloramiento "Los Nogales"*. Córdoba, Empresa Provincial de Energía de Córdoba. *Memorias*.

Publicaciones periódicas

- *La Voz del Interior* y *Los Principios* de Córdoba. *La Nación*, *La Patria degli Italiani* y *La Prensa* de Buenos Aires.

Bibliografía

- AA. VV, *La empresa cooperativa en el mundo de hoy*, Buenos Aires, Intercoop Editora Coop. Ltda., 1990.
- ALIANZA COOPERATIVA INTERNACIONAL, *Identidad y Principios Cooperativos*, Montevideo, Cudecoop - Editorial Nordan Comunidad, 1995.

- ASOCIACIÓN FRIULANA ALEF DE COLONIA CAROYA Y JESÚS MARÍA, *Unidos por la Historia, pasado y presente de la Región Friuli-Venezia Giulia y Colonia Caroya*. Colonia Caroya, 2011.
- BERTOSSI, Roberto F., *Servicios públicos cooperativos*, Buenos Aires, El Derecho, 2009.
- BISCHOFF, Efraín U., *Y ellos forjaron un pueblo, (Historia de Colonia Caroya)*, Córdoba, Talleres Gráficos La Docta, 1968.
- BISCHOFF, Efraín U., *Los años primeros de Colonia Caroya. Alegrías y dolores*, Córdoba, Municipalidad de Colonia Caroya, 1998.
- CASTELLI, B., "Educar para formar la conciencia cooperativa", en *Nueva Visión del Cooperativismo Argentino*. Buenos Aires, Colegio de Graduados en Cooperativismo y Mutualismo de la República Argentina, 1999, pp. 45-49.
- COOPERATIVA DE SERVICIOS PÚBLICOS DE COLONIA CAROYA Y JESÚS MARÍA LTDA., *40 años de progresista labor*, Colonia Caroya, Cooperativa de Servicios Públicos de Colonia Caroya y Jesús María, 1987.
- COQUE MARTÍNEZ, Jorge, *Compartir soluciones: las cooperativas como factor de desarrollo en zonas desfavorecidas*, Madrid, Consejo Económico y Social, 2005.
- CRACOGNA, Dante (coord.), *El desafío de la Educación Cooperativa en la hora actual*, Buenos Aires, Ediciones Intercoop, 2010.
- DEVOTO, Fernando J., *Historia de los italianos en la Argentina*, 2ª ed., Buenos Aires, Biblos, 2008.
- FRANCESCHINI, Antonio, *L'emigrazione italiana nell'America del Sud*, Roma, Forzani, 1908.
- GEROSA, S.; CATTONI, S., "El imaginario colectivo en un grupo de inmigrantes del noroeste cordobés: Colonia Caroya", en Trinidad BLANCO DE GARCÍA, *Presencia e identidad de los italianos en Córdoba*, Centro de Italianística-Universidad

- Nacional de Córdoba, Córdoba, El Copista, 1999, pp. 123-141.
- GROSSUTTI, J., “L'emigrazione dal Friuli Venecia Giulia in Argentina e in Uruguay”. Università di Trieste. Disponible en: www.ammer-fvg.org/_Data/Contenuti/Allegati/ita/grossutti_introarg.pdf [Fecha de consulta: 06-08-2020]
 - NÚÑEZ, Marta, *Colonia Caroya, cien años de historia*, Córdoba, Editorial Tapas, 1978.
 - PESCHIUTTA, H. D.; ACEVEDO, M. P., “Colonia Caroya. El espacio. Realidad física y mundo simbólico”, Colonia Caroya, Municipalidad de Colonia Caroya. 2005.
 - PREVEDELLO, N. L., “Identidad étnica de la comunidad caroyense de origen friulano”, en Trinidad BLANCO DE GARCÍA, *Presencia e identidad de los italianos en Córdoba*, Centro de Italianística-Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, El Copista, 1999, pp. 101-122.
 - SCHMIDT, D.; PERIUS, V., “Cooperativismo y Cooperativa”, en *La otra Economía*, Buenos Aires, Colección Lecturas sobre Economía Social, 2004.
 - ZUCCARINI, E., *Il lavoro degli italiani nella Repubblica Argentina dal 1516 al 1910*, Buenos Aires, La Patria degli Italiani, 1910.